

Alejandro von Humboldt y la "calumnia de América"

Edmundo O'Gorman

Hacia el ocaso de su vida, Edmundo O'Gorman (1906-1995) afirmaba que el historiador debía ser "el mago que penetra en el discurso histórico, pero no para encadenarlo". Con tan breve frase se definía a sí mismo y todo el trabajo que como tal realizó durante más de 50 años.

Abogado de profesión, al doblar los 30 años atendió el llamado de la historia. En este sentido, su primer libro, Historia de las divisiones territoriales de México (1937), fue el prólogo de una promesa que se cumplió con creces. Durante 14 años (1938-1952) trabajó en el Archivo General de la Nación, esa "selva de libros que hablaban", como solía llamarlo. Allí se acercó a la época colonial, periodo sobre el que proyectó una sólida mirada en la que se entretrejeja su formación de abogado, filósofo e historiador. Esta mirada, aguda e inteligente, le permitió plantear la hipótesis por la cual, en gran medida, debe su renombre: América no fue "descubierta" sino "inventada". Desde Fundamentos de la historia de América (1942) hasta la Invención de América (1958) es posible rastrear el desarrollo, comprobación y consolidación de esta hipótesis, cuya importancia y contribución se reconoció de inmediato, cuando se discutía y debatía en torno a la mexicanidad y el ser americano.

El texto que a continuación se reproduce es la intervención que el ya consagrado historiador pronunció el 6 de julio de 1959 en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM, con motivo del primer centenario de la muerte de Humboldt. La revista Universidad de México recuperó estas palabras en su edición correspondiente al mes de agosto de 1959 (vol. XIII, núm. 12).

Muy natural, muy explicablemente cuando nosotros, acá, recordamos el nombre del barón Alejandro von Humboldt nos viene a la memoria y al corazón la obra que le dedicó a México, el justamente célebre *Ensayo sobre el Reino de la Nueva España*.

Pero con ser eso explicable y natural, lo cierto es que propendemos así, ceñido el espíritu por el amor a lo propio, a empobrecer la más amplia perspectiva en que debe situarse la figura de Humboldt si, como es el propósito, queremos honrarlo en esta ocasión que nos tiene reunidos para conmemorar el primer centenario de su muerte.

El *Ensayo sobre la Nueva España*, visión sociológica y económica del viejo virreinato, es apenas un fragmento

(y no por cierto el más original) de una obra mucho más vasta y comprensiva, en cuyas páginas alienta una posición frente a América que no sólo le presta a la obra su unidad ideológica, sino que expresa el sentido universalista que en su día le valió la aclamación y que para nosotros es motivo del más vivo interés y aun de gratitud histórica.

Tratemos de situarnos en la circunstancia. Surgida América en el seno de la cultura de Occidente como el resultado de su actividad inventiva o creadora, ese nuevo mundo, que allí estaba reclamando su incorporación al cauce del devenir histórico universal, ocupó la atención de los mejores espíritus de la comunidad europea. Todo el siglo XVI resuena con los rumores y los ecos de las explicaciones y de las polémicas que

suscitó la aparición de ese nuevo imprevisto e imprevisible ente que, salido del océano, venía a ampliar en tan gran escala el domicilio cósmico del hombre, el escenario de su vivir y de su morir. Y es que, por entonces y ante todo, América se ofrecía ante la conciencia del Viejo Mundo como un puñado de angustiosas interrogaciones, puesto que, reto a todas las ideas recibidas, su existencia venía a poner en duda la validez del orden cristiano, genial injerto de Jesús en el venerable tronco del saber y de la estructura política de griegos y latinos.

Pero en la medida en que se arbitraron las respuestas, es decir, en que se fue conjurando la amenaza de aquellos desconocidos cielos e inéditas regiones, de aquella apretada muchedumbre de desnudos pueblos, en esa misma medida se fue produciendo ese eclipse casi total que, en el campo de la especulación teórica, padeció América y lo americano a lo largo del siglo XVII. A este de otro modo desconcertante fenómeno contribuyó no poco, además, el celoso aislamiento en que España mantuvo a sus colonias de ultramar, de suerte que, ya entrado el siglo XVIII, predominaba en Europa un desconocimiento tal acerca del Nuevo Mundo que más que eso era un agujero en el tejido de la cultura, laguna que permitía todas las confusiones, el escepticismo y la extravagancia.

Notemos, entonces, el terrible trance en que se hallaron los "filósofos", porque no se olvide que estamos en la Ilustración, la época de las luces que todo debían aclararlo, la época de *La Enciclopedia* que todo debía saberlo, y allí estaba ese hueco, ese vacío, esa

mancha oscura como un cáncer en el cuerpo inmaculado de los conocimientos. Lo natural, lo debido era, claro está, informarse; pero ¿cómo conceder crédito al dicho de frailes y clérigos, por añadidura españoles, fuentes casi únicas a las que podía recurrirse? ¿Qué diría Voltaire? ¿Primero muertos antes que incurrir en semejante desprestigio! ¿Por qué no, entonces, cruzar el océano con la razón a cuestas y observar personalmente la naturaleza de América, e informarse del gesto y hechura de sus nativos habitantes, de su historia, de su cultura? Pero ¿quién sería el valiente que se animaría a emprender tan largo, incómodo y peligroso viaje? ¿Primero muertos antes que abandonar París, desertar sus salones y renunciar a sus placeres! Y sin embargo, allí estaba América exigiendo su inclusión en el saber de *La Enciclopedia*.

El hecho, claro está, es mucho más complejo y hay otros motivos que no cabe siquiera esbozar aquí, pero lo cierto es que, como salida de aquella coyuntura, apareció en rápida sucesión una serie de obras referentes al Nuevo Mundo que en conjunto integran el núcleo de eso que en otro lugar he llamado la "calumnia de América". Sí, América existe; es parte del mundo y en ella han vivido unos pueblos en medio de una naturaleza feroz y salvaje; pero América, explican los filósofos ilustrados, muestra unas características que indican a las claras su falta de madurez por haber emergido del océano en fecha, dicen, comparativamente reciente. Se trata, pues, de un mundo nuevo, pero nuevo en un sentido literal y absoluto. De aquí, agregan, se deducen consecuencias fundamentales y se explican muchas particularidades. En efecto, en su constitución geológica el continente no se ha estabilizado, como se advierte por los frecuentes y terribles sismos que lo asuelan y por la actividad de sus volcanes; por la humedad reinante, el

mundo vegetal impera soberano en impenetrables, pantanosas y pestíferas selvas; y allí donde el cultivo es posible, las plantas son todo hoja y rinden mísera cosecha. Las frutas son más pequeñas y carecen del delicioso sabor que en Europa. Las especies animales, por otra parte, son notoriamente inferiores a las del Viejo Mundo en tamaño, resistencia y ferocidad y las que han sido llevadas por los europeos



Manuel Chong, Panamá

pronto degeneran. Un caso notable, dice uno de estos optimistas autores, es el del perro que, a poco tiempo, pierde en América no sólo el hermoso brillo de su pelo, sino hasta la facultad de ladrar. Los reptiles y los insectos, en cambio, organismos inferiores que son, abundan más que en cualquiera otra parte de la Tierra y constituyen plagas que estorban los progresos de toda vida civilizada, y ponen en constante peligro la salud del hombre. En cuanto al indio americano, para qué decir lo que resulta en cotejo con el europeo. A este respecto se distinguió por encima de todos un tal Cornelio de Pauw con sus famosas *Investigaciones filosóficas sobre los americanos*. Piénsese lo peor y será difícil igualar la imagen del indio que aparece a lo largo de las nutridas pági-

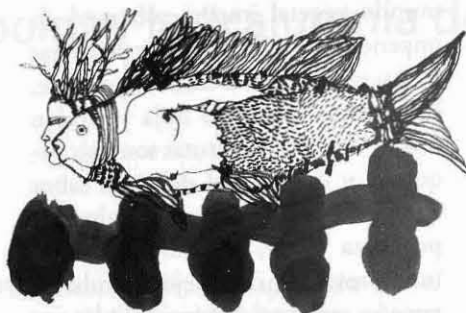
nas de este libro. No es grato, ni del caso entrar en detalles: todos los rasgos físicos y morales de los nativos de América dan pie a interpretaciones tan ligeras como denigrantes. Así, por ejemplo, la escasez de pelo en el rostro y en el cuerpo sirve de disparadero a largas y eruditísimas especulaciones que vienen a parar en la condenación del indio como un hombre en quien apenas existe el impulso sexual, de donde a su vez ya se conjeturará la serie de tristes consecuencias que naturalmente se desprenden. América es, pues, lo negativo, el continente degenerado y aun maldito.

Tal la sombría imagen que del Nuevo Mundo se forjó el Siglo de las Luces, porque si es cierto que no pasó sin reto, sobre todo por parte de insignes criollos como Jefferson y nuestro ilustre Clavijero, no lo es menos que en la conciencia europea de la época prevaleció la adversa idea en virtud de la gran autoridad de quienes la prohibieron. Ahora bien, en este punto y hora, caballero andante de la ciencia, se presentó en escena Alejandro von Humboldt.

Humboldt nació en el Siglo de las Luces y se nutrió de sus enseñanzas; pero Humboldt no fue un "ilustrado". Perteneció a esa generación magnífica presidida, en lo que toca a la filosofía de la historia, por el genio de Herder, el padre del romanticismo en Alemania. Un nuevo espíritu anima a estos hombres. Cuando contemplan el complicado mosaico que ofrece el panorama de la historia, ya no disciernen en tajante contraste un grupo de naciones bárbaras y otro de civilizadas, divididos por un abismo impasable. Algunos pueblos, es cierto y así lo afirma expresamente Humboldt, han sido más capaces y se han ennoblecido más que otros por el cultivo del espíritu; pero esto no quiere decir, ni puede, que unos pueblos sean en sí más nobles que otros. Es preciso, pues, rechazar vigorosamente la desconsoladora suposición de que hay unas

razas superiores y otras inferiores. Y en efecto, la desigualdad que ofrece el espectáculo de lo humano no se atiene a nada que tenga un carácter absoluto que, como maldición metafísica, autorice a clasificar a las naciones en dos campos comunicados, luminoso y positivo el uno, negativo y tenebroso el otro. No, la desigualdad existe, pero es relativa, relativa, no a las capacidades y facultades del hombre y menos aún a supuestas diferencias constitutivas, sino a las circunstancias del ambiente, ya adverso, ya propicio al progreso de la civilización. Cada pueblo, por consiguiente, elabora sus propios ideales y la manera peculiar de realizarlos y por eso representa no el peldaño más elevado de la cultura en un sentido absoluto, pero sí el más alto grado a que puede aspirar el hombre en un momento dado y de acuerdo con las condiciones en que se ha venido desarrollando su vida histórica. De este modo, es compatible estimar como espiritualmente soberano a un pueblo determinado, sin necesidad de incurrir, sin embargo, en la injusticia y falacia de juzgar a los demás por aquel patrón. Así se ha aprendido, dice Humboldt, a conocer a las naciones cuyas costumbres, instituciones y artes difieren de las adoptadas y cultivadas por griegos y romanos, de manera que ya no se estima indigno de atención todo aquello que se aleja del estilo propio a esos pueblos tan privilegiados. No juzguemos, añade, a las antiguas civilizaciones americanas según los principios sacados de la historia de las naciones que nuestros estudios nos recuerdan incesantemente.

¿Quién, pues, mejor que Humboldt para romper lanzas en desagravio de la América calumniada? Y tanto más cuanto que, a diferencia de los detractores, no sólo se preocupó por adquirir una información de primer orden, sino que, así equipado, cruzó el océano para observar por su cuenta y a su riesgo las regiones de cuya naturaleza y habitantes tanto mal se decía.



Vistos estos antecedentes, el resultado de esta cruzada ya no puede ofrecer sorpresa. La famosa tesis que veía en América un continente nuevo en el sentido geológico y biológico le parece a Humboldt un disparate científico. Tales ideas, dice, ya me parecían anti-filosóficas aún antes de emprender la exploración, porque son contrarias a las nociones sobre las leyes físicas reconocidas por la ciencia. Pensar que en la Tierra existen unas porciones "jóvenes" y otras "viejas" sólo cabe en la imaginación de quienes se complacen en buscar contrastes entre los dos hemisferios, sin esforzarse por concebir la estructura total del globo. Lo mismo podría decirse de Italia del sur respecto a la del norte, porque en aquélla, a diferencia de ésta, se registran erupciones volcánicas. No existe razón alguna para afirmar que una parte entera del planeta sea más antigua o más nueva que otra. Pero si esto es así, la tesis entera cae por su base. América es un continente tan antiguo como los otros y su naturaleza y sus hombres, aunque ofrecen diferencias y extrañezas, nada tienen de degeneración, ni de innata debilidad. El conde Buffon simple y sencillamente se equivocó cuando afirmó que el gato montés americano es un tigre venido a menos o que la vicuña es un camello vergonzante, y en cuanto a las afirmaciones respecto a la impotencia, cobardía, pereza, barbarie y estupidez de los indios nativos de América, sólo sirven para revelar la ignorancia, el escepticismo y los prejuicios de quienes tales

cosas escriben. Allí están, como prueba irrefutable en su contra, los vestigios de las antiguas civilizaciones de México y de Perú, elocuentes testimonios de la actividad, energía, inteligencia e imaginación del hombre americano.

He aquí el sentido más íntimo y general de la gran obra que Humboldt dedicó a América. Ciertamente, no fue el único ni el primero en poner esfuerzo y talento al servicio de la causa del Nuevo Mundo, pero no cabe duda que por la inmensa autoridad científica de que gozó y por haber sabido enfocar la defensa de América a la luz de la filosofía entonces predominante, es a Alejandro von Humboldt a quien le debemos la definitiva rehabilitación en la conciencia europea de todo cuanto nuestro continente ofrece de original y propio. <



Zaida del Río, Cuba